



Esteban Pontaquarto

5 CUENTOS
DE TERROR
EN LUJÁN



liber

ESTEBAN PONTAQUARTO
5 CUENTOS DE TERROR EN LUJAN
1A ED REVISADA. - LUJÁN : LIBER, 2024.
136 p. ; 20 x 14 cm. -
ISBN 978-987-9199-49-EN TRAMITE
1. NARRATIVA. I. II. TÍTULO.

CDD

Ilustraciones: Florencia Addamo

Financiado por el Fondo Editor de Libros de Luján.

Editado por Juan Lagomarsino www.liber.net.ar

Impreso en Argentina

ISBN 978-987-9199-49-en trámite.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Primera edición: Octubre 2024

**5 CUENTOS
DE TERROR
EN LUJÁN**

Princesa Monga	9
El caballero de la plaza	37
El hombre gato	54
Tres vueltas manzana al cementerio	81
Tarántula	104

A mi familia, en especial a mi hijo Donato, quien me acompañó desde el inicio de este libro, brindándome varios aportes.

A Mariana Gómez de la Fuente y a María Soledad Guzmán, por la colaboración en el proceso de corrección.

A Florencia Addamo, por los dibujos.

*“Los monstruos son reales y los fantasmas también lo son.
Viven dentro de nosotros y a veces ganan”.*

Stephen King

PRINCESA MONGA



La belleza externa puede llegar a esconder la monstruosidad de quien creíamos conocer.

La última semana de otoño de aquel año, dejaba al desnudo los árboles que, ya sin hojas, posaban como una postal invadida de nostalgia. El sol, tibio para esa época estacional, se ausentaba en el transcurso de la tarde, adentrándose con anticipación la noche, mayormente acompañada de temperaturas bajas y en ciertas ocasiones, con una débil garúa. A pesar de las características de esa etapa del año, el turismo no cesaba en Luján, ya que todos los fines de semana, miles de personas se acercaban con el propósito de visitar la Basílica y luego, tras almorzar en la zona, recorrer los diversos atractivos que brindaba la ciudad.

Cercano al Santuario, un amplio predio albergaba más de veinte atracciones mecánicas, todas destinadas al entretenimiento de cientos de miles de personas que llegaban a la ciudad de Luján cada año. Situados con bastante proximidad uno del otro, los juegos lucían pintados con colores llamativos, banderines y atractiva luminaria intermitente. La música, que salía a través de varios altavoces distribuidos en distintos sectores del parque, sumaba alegría a la diversión.

Un tren fantasma, construido en el corazón del parque, invitaba a los valientes a subirse a los carros que se internaban por el oscuro interior de un castillo lleno de muñecos, los cuales se movían e iluminaban repentinamente. Arañas, esqueletos, brujas y hasta tétricos ataúdes, yacían al costado de la vía, aguardando el paso de los temerosos visitantes. El laberinto del terror también era una de las atracciones que generaban miedo. A diferencia del tren fantasma, en este juego, el recorrido se hacía de a pie, por lo que las personas debían caminar entre paredes y pasillos oscuros. Durante el trayecto, horribles figuras se movían de imprevisto mediante

mecanismos que estaban distribuidos a lo largo del lugar.

La popular pista de autitos chocadores, siempre era el juego más elegido por grandes y niños. A la hora de hablar de vértigo, la mejor opción estaba en la montaña rusa, el gusano loco, el látigo y por supuesto el samba. Para los más pasivos, los juegos adecuados eran la vuelta al mundo, el cohete y la tan famosa aerosilla, que en su recorrido, cruzaba a varios metros de altura el río Luján. Finalmente, para los más pequeños, la calesita, las lanchitas y el gusanito.

El máximo responsable del parque era señor Carlos Giamelli, un reconocido hombre de 65 años de edad. Dueño y gerente, estaba siempre acompañado por su hijo Marcos, un apuesto muchacho que luego de terminar la secundaria, estudió la carrera de contador público. Una vez recibido, se sumó junto a su padre a la gerencia del parque de diversiones. Entre ambos se encargaban de la administración financiera de la empresa, que mes a mes, generaba importantes ganancias. Finalmente estaba Norberto Cano, el encargado general y persona que con los años, había adquirido la máxima confianza de los Giamelli, principalmente de Carlos.

Padre e hijo, junto al señor Cano, eran las únicas personas en el parque que tenían acceso al corazón financiero de la empresa, la oficina de gerencia, también conocida como el “cuarto negro”, ya que se encontraba debajo del laberinto del terror. Oculta al público en general, para acceder a esta habitación, la única manera era desde una puerta blindada que estaba camuflada sobre la primera pared del interior del laberinto. Tras un corto corredor había una escalera que luego de descender quince peldaños, desembocaba en el famoso “cuarto negro”. Allí los Giamelli no solo archivaban gran cantidad de documentación, sino además, acopiaban parvas de billetes que llegaban de las boleterías y que luego eran depositados en una gran caja fuerte.

Por desconfianza o quizás por avaricia, Carlos tenía por costum-

bre desde hacía varios años, atesorar el dinero de la recaudación en aquel sitio. Según él, era mucho más seguro que trasladarlo al banco. Como si se tratara de una tradición, el primer lunes de cada mes, el hombre mandaba a su hijo a Buenos Aires a comprar dólares a una financiera amiga, ubicada en un edificio de la peatonal Florida. Marcos al llegar, sacaba de su mochila los fajos de australes para canjearlos por los billetes estadounidenses y traerlos de regreso a Luján. Una actividad que los Giamelli fueron realizando estrictamente mes a mes.

Un domingo de julio, Carlos y su hijo se encontraban como de costumbre en “el cuarto negro” contando dinero y separando en fajos. Cada una hora, como si fuera un ritual, Marcos se dirigía a las tres boleterías del parque en busca de la recaudación. El motivo principal era descomprimir de billetes a los boleteros y además, evitar robos. Según el día y el movimiento de gente, aquella recorrida podía llevarse a cabo hasta en ocho oportunidades durante la jornada.

Eran las 18:00 horas cuando Norberto, el encargado del parque, ingresa a la oficina luego de dar tres golpes en la puerta.

–Carlos, afuera hay un matrimonio español que está interesado en hablar con vos.

Marcos, que no dejaba de contar billetes, ignoró las palabras de Norberto, como si no las hubiera escuchado nunca. En cambio don Carlos, sabiendo que ese no era el momento apropiado, le ordenó a su empleado de máxima confianza que les dijera a esas personas que pasaran al día siguiente. Los domingos no eran días para atender gente, sino para contar dinero.

–Me dijeron que mañana se van del país –respondió Norberto–. Créeme que vale la pena escucharlos, estuve unos minutos con ellos y algo me adelantaron.

Carlos apagó su cigarrillo por la mitad en un sucio cenicero de chapa lleno de colillas y se levantó de su silla. Inmediatamente le

ordenó a su hijo que guardara todos los fajos de dinero en la caja fuerte y que acomodara el escritorio.

–Tráelos, pero diles que tengo cinco minutos nomás. Vos sabes bien Norberto que hoy no es día para reuniones. En media hora, Marcos irá por otra tanda de recaudación.

Norberto se retira velozmente de la oficina y regresa a los pocos minutos acompañado de una pareja. Luego de hacerlos pasar y presentarlos, el encargado simplemente se retira y deja a los españoles a solas con Carlos y su hijo.

–Tengo mucho trabajo y estoy con poco tiempo... los escucho – dijo Carlos.

El hombre, de aproximadamente cuarenta años, lucía una camisa negra, cuyos primeros tres botones se encontraban desprendidos, dejando a la vista una gruesa cadena de oro. Su gran bigote negro cubría toda la parte superior de la boca, intentando disimular una pésima dentadura. En lo que refiere a sus anteojos, tenían un excesivo aumento, lo que dificultaba poder distinguirle el color de los ojos. El cabello lacio, tan oscuro como sus bigotes, le llegaba casi hasta los hombros.

Pero lo que más llamó la atención de Carlos y su hijo fue aquella hermosa mujer que acompañaba al español. Su altura oscilaba los 170 centímetros. El cutis tenía un brillo fantástico y a simple vista, carecía de imperfecciones. Sus ojos verdes contrastaban con su hermoso cabello castaño. Llevaba puesta una musculosa blanca que lucía sus hermosos y firmes senos, pero fue sin duda el relieve marcado de los pezones lo que generó que, en varias oportunidades, el joven Giamelli fije su mirada en los pechos de la señora, sin disimular.

–No dispongo de mucho tiempo, ustedes dirán cuál es el interés que tienen en hablar conmigo.

–Seré breve, señor. –dijo el español.

Luego de presentarse, haciendo mención a que su nombre era Manuel Gómez Quintana y el de su señora, Raquel García, el hombre fue directo al asunto. En tan solo tres minutos, hizo una tentadora propuesta al dueño del parque de diversiones de Luján sobre un show llamado “Princesa Monga” y que según él, era un éxito en todos los lugares donde se exhibía.

Dijo que hacía un par de años, él mismo había creado una atracción en la cual, gracias a un mecanismo de espejos y luces, lograba hacerle creer a los espectadores que una bella mujer se transformaba en gorila. Mientras una voz en off relataba una leyenda, desde una jaula se podía apreciar la magnífica y lenta transformación de humano a primate, una metamorfosis que incluía el crecimiento del pelo como si fuera real.

Después del espectáculo de efectos especiales, el show continúa con un simio descontrolado que intenta abrir las rejas de contención mientras el animador, se esfuerza por controlar la situación. Finalmente, el gorila rompe la reja y salta hacia el público. Pero unas extrañas palabras frenan el ataque y ponen control a la situación. Una vez de regreso a la jaula, el simio se transforma nuevamente en la bella princesa Monga, y el espectáculo llega a su fin.

–Le aseguro señor, que generé muchas ganancias con esta atracción, que por cierto, no existe en este país. Usted y su parque, serían los primeros en exhibirla acá en Argentina.

Carlos sacó de su caja de Jockey Club un cigarrillo, se lo llevó a la boca y lo encendió. Mientras dio la primera pitada, observó a su hijo para encontrar respuestas a lo que acababa de escuchar, pero el muchacho seguía concentrado en los senos de Raquel.

–Dígame cuáles serían las condiciones, si es que logramos un acuerdo. –dijo Carlos mientras exhalaba el humo.

–Sencillo –respondió el español. –Estaremos tres meses en Luján. Usted acondiciona un lugar que pueda albergar a veinte, treinta

espectadores. Me brinda electricidad y un espacio para ejecutar el sistema. Yo armo el escenario con todo lo necesario para la atracción. Cuando se venza el plazo y si desea que Monga pase a ser definitivamente suya, le vendo los derechos.

-¿Y el tema de las ganancias en esos tres meses? -Interrumpió Carlos.

-Cincuenta y cincuenta del total de las entradas -respondió Manuel.

-No. Ya demasiado con el gasto de la estructura. Que sea setenta para nosotros y treinta para ustedes.

-Está bien -respondió Raquel -Pero si la atracción luego se queda acá, el costo de los derechos es de diez mil dólares. Y ese precio no se negocia.

Carlos pensó rápidamente que aquella cifra, si bien era alta, se asemejaba a lo que el parque podría llegar a recaudar en tan solo un mes, o con mucho movimiento, en dos fines de semana. Si la atracción de la Princesa Monga se transformaba en un fenómeno, en poco tiempo recuperaría el costo de inversión y los derechos, quedarían en manos de él para siempre.

-De acuerdo -respondió Carlos. -En dos semanas les tendré preparado el lugar, tal como me lo solicitaron. Probaremos la atracción durante los tres meses y solo si es redituable, compraré los derechos.

-Y algo más -añadió Raquel -Necesitamos un lugar para hospedarnos.

-Hablé con Raúl Mármara, el dueño del Hotel Centro -le indicó Carlos a su hijo. -Decile que un matrimonio amigo se quedará unas semanas, si por favor te puede reservar una habitación para esta gente.

Marcos toma el teléfono ubicado sobre el escritorio y luego de discar el número del hotel, aguarda a ser atendido desde el otro

lado. Mientras tanto, el señor Giamelli se pone de pie, dándole a entender al matrimonio español que la reunión estaba finalizando. Estrechó fuerte la mano de Manuel, dando por hecho el acuerdo y luego hizo lo propio con la señora.

–Mañana almorcemos y firmemos un contrato. Yo los invito – dijo Carlos.

A pesar que Marcos estaba al teléfono, el comentario de su padre no pasó inadvertido y automáticamente, al muchacho se le borró la sonrisa. Él sabía que no podría participar del encuentro ya que debía viajar a la financiera al otro día.

Manuel y Raquel se despiden y acompañados por Norberto, se retiran de la oficina. Carlos cierra la puerta y aguarda que su hijo termine con la conversación telefónica.

–Ahí hablé con don Raúl. Ya les está preparando una habitación. –dijo Marcos ni bien cortó la comunicación.

–Sí, son buena gente los Mármara. No dudaba en su gentileza – acotó Carlos.

–Buena gente menos su hijo Juan Manuel. No sé qué le pasa a ese pibe. Hace unos meses que está hecho un ente. Aquí en el parque no habla con nadie y lo peor de todo que ha llegado tarde varias veces.

–Sí, lo sé. Don Raúl está desesperado, ya lo he hablado con él. Me pidió por favor que no lo despida, pues solo complicaría su situación.

–Bueno, que se deje de joder entonces o lo mando a la calesita a subir pibes a los caballitos.

Marcos toma la mochila y coloca en su interior las planillas de las boleterías, ya que era momento de realizar una nueva ronda de recaudación. Pero justo antes de salir, como si hubiera olvidado decirlo, le hace hincapié a su padre sobre algo que había intuido en el hombre español y que mucho no le cerraba. Posiblemente su as-

pecto o quizás su actitud de “vendedor de fantasías”. Pero Carlos, fiel a su estilo, aprovecha y le desvía la conversación.

–A vos lo que sí te cerraba eran los pechos de esa mujer ¡No parabas de mirarla! –dijo Carlos y luego acotó –Era muy alevoso... casi que te doy un sopapo.

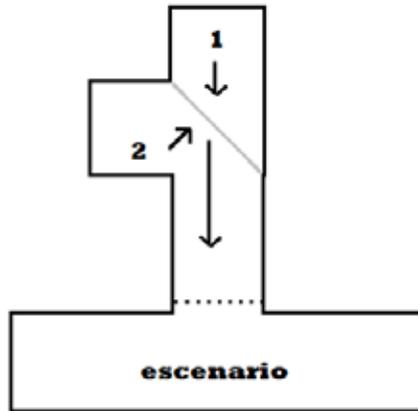
Pasaron dos semanas del acuerdo entre el matrimonio español y el dueño del parque de diversiones de Luján. En aquel entonces, ambas partes habían decidido avanzar con la instalación de una atracción más, un show único en el país.

Más de diez obreros trabajaron incesantemente para erigir un espacio apto para la nueva atracción. Un galpón en desuso fue confeccionado y transformado en una especie de teatro que, a pesar de no tener butacas, poseía un pequeño escenario donde días después, el señor Manuel armaría la estructura de espejos y luces que proporcionaban según él, el efecto de la conversión. Pero para ello era necesario que la infraestructura esté terminada, pues nadie debía conocer el secreto del atractivo.

Durante aquellas semanas en las que el lugar se fue construyendo, Marcos, utilizando cualquier excusa, entablaba conversación con el matrimonio español, principalmente con la bella Raquel. Solía merodear el hotel y hasta acercarse a la hora de la cena para tomar café con ellos. Sin lugar a dudas, el hijo del dueño del parque, sentía atracción por aquella hermosa mujer y Carlos, no fue ajeno a ello.

–Dejate de joder con la gallega. No arruines el negocio por tus calenturas –le advirtió el padre en varias ocasiones. –La mina está casada y no te va a dar bola. No hagas locuras.

A mediados de agosto la obra culminó y Carlos le dio las llaves del lugar al matrimonio. Manuel y Raquel, inmediatamente comenzaron con la tarea que a ellos les correspondía y que nadie debía ver.



Desde el escenario, hacia la zona trasera, armaron con maderas un pequeño corredor que culminaba en una puerta de rejas. Luego, hacia atrás, el corazón de lo que generaría el efecto visual.

Pepper's ghost era la técnica que se utilizaría para el show de la Princesa Monga. Dicho efecto, se centra en dos habitaciones pintadas completamente de negro, una donde se ubica un hombre disfrazado de gorila y que se sitúa en línea recta con los espectadores (1) y la segunda, a la izquierda de la principal, donde se ubica la mujer y que permanece oculta (2). Entre ambas habitaciones, Manuel colocaría un vidrio en un ángulo de 45°, dispuesto para que la princesa se refleje ante el público.

Cuando la iluminación se centra en la habitación 2 y la 1 está totalmente a oscuras, la imagen de Raquel se refleja en el vidrio y eso es lo que se verá desde el escenario. Pero a medida que se va incrementando luz a la habitación 1 y en simultaneo quitándosele a la 2, la figura del gorila comenzará a fusionarse en el cristal con la imagen de la princesa. Este efecto visual, hará creer a los espectadores sobre la terrorífica transformación. Una vez que la habitación 2 quede completamente a oscuras y la 1 toda iluminada, el público solamente apreciará al simio.

Luego, una vez que el vidrio es velozmente quitado, el gorila avanzará por el pasillo hasta la reja que limita con el escenario y entonces, de manera violenta, agitará los barrotes hasta lograr abrir la puerta. Para ese entonces, el pánico reinará en la sala y muchos intentarán huir del lugar.

El show finaliza con el retorno del gorila hacia su lugar y nuevamente la técnica *Pepper's ghost* se pone en funcionamiento, salvo que esta vez a la inversa hasta que vuelve a aparecer la bella princesa.

El viernes a última hora, las tareas quedaron culminadas. Ahora solo quedaba hacer los ensayos y las pruebas correspondientes. Ese día, Manuel hizo referencia a que sería él quien llevaría puesto el traje de gorila. Por fin, el sábado al mediodía se hizo la primera función, destinada exclusivamente al dueño del parque, su hijo Marcos y un selecto grupo de personas. Una tenue luz iluminaba un pasillo en donde tras una reja se hallaba una hermosa mujer en bikini e inmediatamente, el relato de un hombre comenzó a escucharse por un parlante. El dueño del parque y su hijo, reconocieron que aquella voz en off era de Manuel.

“En un lugar remoto de Kenia, en el corazón de la sabana africana, se esconde la tribu Samburu. Hace muchos años, un brujo desató una maldición que se apoderó de los nativos y el mal jamás se pudo extinguir. Según los relatos, cada viernes de luna llena, toda parturienta que dé a luz a una niña, habrá dado a luz a Monga, la princesa del demonio. Esa pequeña, cuando se haga mujer, tendrá en su sangre el poder de convertirse en gorila y volver a transformarse en humano.

Hace 25 años, nació la bella Efua, que significa “nacida en viernes”. Hoy, esta hermosa mujer se encuentra ante ustedes para mostrarles la fuerza de la maldición, el poder de Monga. Pero tranquilos, Efua está detrás de unos gruesos barrotes, los suficientemente fuertes para contenerla cuando se transforma en bestia. Su potencia será en vano, aunque intente derribar la reja, no lo logrará.

Ahora, guardando absoluto silencio, procederé a liberar la maldición y darles el privilegio de ser testigos de un poder sobrenatural”

El silencio reinó en la sala y la luz que iluminaba a la princesa brilló con mayor intensidad, dejando a la vista una hermosa mujer y su atractivo cuerpo. Los turgentes senos estaban cubiertos por su bikini de gatopardo al igual que su pelvis. Ella, simplemente sonreía y Marcos, desde el salón, no dejaba de observar el hermoso cuerpo de Raquel.

–Omskep in Monga – dijo la voz en off.

El efecto se puso en marcha y la bella mujer comenzó a transformarse en un horrendo simio. En segundos, ya no quedaban rastros de la princesa. La adrenalina se apoderó del público apenas el gorila avanzó por el pasillo y luego de agitarla, abrió bruscamente la reja, avanzando hacia el escenario. Más allá de saber que debajo del traje se encontraba Manuel, la bestia parecía real y sus movimientos generaron terror en los presentes.

*–Monga, contrólate –*decía la voz en off.

Nadie evitó gritar e intentar correr hacia la salida del galpón. El malón de espectadores se agolpó sobre la puerta de entrada mientras el gorila golpeaba su pecho y gritaba con exaltación. Los colmillos que dejaba ver en cada alarido, parecían reales y eso aterró al público.

*–¡Kom terug! –*gritó la voz en off.

El gorila se detuvo y de inmediato, como si aquello fuera una orden crucial, regresó al escenario, cerró la reja y caminó por el pasillo hasta el lugar donde se encontraba al iniciar el show. El público, más tranquilo por la situación, lentamente volvió a sus lugares para seguir observando al simio.

*–Terug gekom –*dijo la voz, ahora más calma *–conviértete... en princesa.*